

"Si me permiten hablar"... Con voz y palabra de mujer

CABALLERO Wangüemert, María

Universidad de Sevilla

Georges Simmel, en la Viena de comienzos del siglo veinte, definía al hombre como "la obra de la mujer" en el sentido -y cito sus palabras textuales- de que "la contribución original y objetiva de la mujer a la cultura consiste en que la psique de los hombres esté moldeada por ellos" ¹... Quiero, a mi vez, abrir esta ponencia con una afirmación que resulta hoy doblemente ambigua y provocadora, según la óptica del oyente o lector. ¿Puede la mujer sentirse satisfecha en el siglo XXI con esa "significación cultural indirecta" que el mismo Simmel considera insuficiente o, por el contrario, necesita constatar su influjo directo en el cuerpo social?

La pregunta es bastante retórica -basta con insinuársela a las feministas, pero no sólo a ellas-. La mujer ha recorrido un largo camino para dejar oír su voz, potente o sinuosa, pero claramente decidida a constituirse en eje vertebral de la sociedad a la que pertenece como persona humana. En nuestra civilización occidental hasta la Iglesia Católica, emblematicada siempre en las palabras del judío Pablo de Tarso que apuesta por el sometimiento de las mujeres a sus maridos, sin recordar el papel prioritario en defensa de la mujer que desempeñó a lo largo de su historia; hasta la Iglesia Católica -decía- ha resaltado a través de su jefe actual, el papa Juan Pablo II, la dignidad de la mujer como persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, complementaria, es decir, distinta pero con igual categoría que el hombre. *Mulieris dignitatem*, la encíclica publicada en 1988 y la *Carta a las mujeres* del 1996 son textos muy claros en este sentido.

Que nadie se asuste: si traigo aquí esa referencia no es para dar una charlita pía, sino porque me fastidian los tópicos reiterados sin base textual alguna. Y a los textos vamos a descender, en esta ponencia que pretende contextualizar la evolución femenina desde el punto de vista sociohistórico y artístico, pero que se centra en la mujer literata. Literatura, en el sentido amplio del término..., como el instrumento que tiene la mujer para comunicarse -no en vano hablamos en este congreso de "mujer y comunicación"-, para dejar oír su voz opacada durante siglos. Porque en efecto, esa "palabra de mujer" supuso una revolución en marcha a lo largo de los siglos, si bien al principio terriblemente restringida: había que ser reina o abadesa

¹ SIMMEL, Georges. (1999): "Cultura femenina 1911", *Cultura femenina y otros ensayos*. Barcelona, Alba. pág. 214.

para poder hablar, porque en el ámbito de lo privado y de lo cotidiano que tradicionalmente se les había asignado como rol, no existía un lugar para la escritura femenina.

La mujer como agente histórico. Una meta: sacarla de su invisibilidad ²

Voz opacada, en consecuencia, porque responde a un ser que, aparentemente, no ha dejado su huella directa en la historia. Esa es la lectura que propone una sociedad patriarcal que, queriendo o sin querer, manipula la realidad. Porque lo cierto es que -como la estética de la recepción nos ha recordado- la escritura y la lectura de la historia reinventan la realidad. Y la realidad es más amplia y abarcadora de lo que ciertas historias de la literatura y la cultura nos permiten suponer. Hubo mujeres valiosas, en las letras y en las artes, como la famosa Eloisa que conoce y enseña a las monjas el griego y el hebreo, o como la monja Roswita a la que se atribuyen una serie de comedias centrales en el despegue literario de los países germánicos, o como la abadesa Herrade de Landsberg que escribió la enciclopedia más conocida del siglo XII, el *Hortus deliciarum* o *Jardín de las delicias*... Hubo periodos históricos -y me muevo exclusivamente en el marco de nuestra sociedad occidental, la vieja Europa- en los que la presencia femenina se hizo sentir de modo acusado como en los famosos salones literarios de los siglos XVII y XVIII, agentes indirectos de la revolución francesa y en los que brillaron con luz propia mujeres como Mme de la Fayette, la marquesa de Sevigné y M^a Catherine d'Aulnoy, escritoras de libros de éxito: *La princesa de Clèves* llevada recientemente al cine en *La carta* de M. de Oliveira; las *cartas a su hija*, que impulsan lo epistolar como género literario, y los cuentos de hadas, respectivamente. En ocasiones -tal vez menos de las deseables- la mujer fue un agente histórico destacado. Lo que se impone hoy es sacarla de su invisibilidad, de la invisibilidad en que ciertas lecturas la han sumergido.

Y no me refiero sólo a lecturas sectarias encaminadas a hundir la labor femenina. Estoy pensando en coyunturas culturales que resultaron nocivas para la mujer. Porque la mujer ha vivido en el ámbito de la cotidianidad cuyo eje fue siempre la casa, el hogar que simbolizaba lo privado. Y lo cotidiano y privado no han sido objeto de la historia hasta el siglo veinte, con la entrada en vigor de la denominada "historia de las mentalidades". Hasta entonces sólo las grandes batallas, los hechos históricos espectaculares se consideraban monumentos dignos de consignarse: eran la voz de una Historia escrita en mayúsculas por reyes y grandes hombres. No sólo la mujer, también el hombre de a pie, del pueblo, quedaba marginado de esa Historia. A pesar de que "...la casa es una parte de la vida y, al mismo tiempo, una manera especial de

² Tomo el epígrafe de BEL, M^a Antonia. (2000): *La historia de las mujeres desde los textos*. Barcelona, Ariel.

reunir, reflejar y formar la vida. Haberlo conseguido es la gran proeza cultural de la mujer" - sigue diciendo Simmel ³-. Solo una historia de la cultura que atienda a la intrahistoria cotidiana puede dar cuenta de ello. Y eso no ha ocurrido hasta el siglo veinte, como recuerdan algunas feministas, entre ellas Gerda Lerner:

Las mujeres se han quedado fuera de la historia no por conspiraciones malignas de los hombres en general o de los historiadores en particular, sino porque nosotras hemos considerado a la historia en términos centrados en el hombre. Hemos pasado por alto a las mujeres y sus actividades porque formulamos preguntas a la historia que son inapropiadas para las mujeres. Para rectificar esto e iluminar las áreas oscuras de la historia, debemos, durante un tiempo, enfocarnos a una investigación *centrada en la mujer*, considerando la posibilidad de la existencia de una cultura femenina *dentro* de la cultura general que comparten hombres y mujeres. La historia debe incluir un relato de la experiencia femenina a través del tiempo y debiera incluir el desarrollo de una conciencia feminista como un aspecto esencial del pasado de las mujeres⁴.

Por eso, quiero rescatar en un segundo momento la voz, la palabra, el documento gráfico o similar de las mujeres que salieron fuera, a la intemperie y fueron opacadas por esa particular y sesgada lectura de la Historia.

El imaginario femenino. Una falsa dicotomía: naturaleza/cultura.

El feminismo del siglo XX impugnó airadamente la vieja dicotomía ilustrada, que en este aspecto reforzó Rousseau, según la cual naturaleza y cultura son los dos polos de un binomio irresoluble. Y ¡claro está! el primer término se le asigna a la mujer, que por su capacidad de ser madre se interpreta como mera naturaleza; mientras que la cultura corresponde al hombre, el polo positivo del binomio, a cuyo cargo queda la construcción de la sociedad. Conviene recordar que no siempre se planteó así: Aristóteles llegó a considerar la cultura como una segunda naturaleza, explicable según sus categorías.

Emblematizada como naturaleza o cultura, la mujer estuvo siempre ahí y el imaginario femenino lo confirma. Desde el siglo XIII en adelante puede rastrearse una doble línea de defensores/detractores de la mujer cuyo eje podría situarse en Boccaccio. En efecto, el italiano escribe la primera colección de biografías de mujeres ilustres, griegas y romanas, reales o míticas -eso es *De claris mulieribus* (1355-1359)-, pero también es el autor del *Corbaccio*, obra en la que critica mordazmente al sexo femenino. Para Boccaccio la mujer debe ser digna,

³ SIMMEL. *Op. cit.* pág. 211.

⁴ LEINER, Gerda. (1979): "The Challenge of Women's History", *The Majority Finds Its Past: Placing Women in History*. New York, Oxford University Press. pág. 51.

modesta, amable, generosa de alma, casta, honesta, elegante al hablar... Algunas feministas como Chadwick opinan que, paradójicamente, *De claris mulieribus* "es el primero de los muchos tratados del Renacimiento que reforzaron la posición subordinada de la mujer" ⁵ ya que al examinar la vida de algunas mujeres de la Antigüedad grecolatina que brillaron con luz propia -es el caso de las pintoras Thamyris, Irene y Marcia- concluye:

Opino que sus proezas eran dignas de alabanza porque el arte es ajeno a la mente de la mujer y tales logros no pueden llevarse a cabo sin una gran dosis de talento, que en las mujeres suele ser más bien escaso⁶.

Si nos atenemos al panorama europeo, frente a la declarada misoginia de gran parte de la literatura española -recuérdese el tono utilizado por el Arcipreste de Hita- en el marco literario francés se desarrolló toda una compleja teoría: el amor cortés, cuyo centro era el culto de la dama que previamente había sido ensalzada hasta cimas platónicas por Dante y Petrarca. En torno a la mujer se genera un código del arte de amar, muy formalizado, con el que el caballero venera a su dama. El *Roman de la rose*, cuya primera parte fue escrita por Guillermo de Lorris antes de 1240 y que se considera el poema más famoso y de mayor influjo en la Edad Media francesa, fue el símbolo de ese amor cortés que, desgraciadamente degeneró hasta invertir por completo su objetivo; como lo prueba la aparición de una segunda parte totalmente misógina escrita por Jean de Meun hacia 1280.

Ese ataque brillante y brutal contra todo el sexo femenino desencadenó una serie de réplicas y contrarréplicas: es el caso de los *fabliaux*, teñidos de didactismo y que raramente olvidan poner en la picota la depravación y perfidia femeninas. Pero además, alegorías y diatribas contra el matrimonio recorren las cortes europeas... Enfrente, poemas y narraciones de alabanza a la mujer, como reto a los libros de "esposas perversas". Un buen ejemplo sería *The Legend of Good Women* de Chaucer. En Francia se creó en 1400 el día de San Valentín una famosa asociación, *la Court Amoureuse*, así como una orden de caballería. La sociedad

⁵CHADWICK, Whitney. (1992): *Mujer, arte y sociedad*. Barcelona, Destino. pág. 28.

⁶Ibidem. págs. 31-32. Según la misma crítica, las mujeres que aparecen en las *Vite* del Vasari ejemplifican los rasgos característicos de la participación femenina en las Bellas Artes del XVI al XX: "como excepciones, como autoras de obras de formato reducido y concepción modesta en momentos históricos en que se equiparaba al tamaño con la profundidad, la importancia y la autoridad; como muestra del derecho del mundo moderno al manto de la Antigüedad; como signos de talento femenino legitimado mediante la combinación con otras virtudes femeninas; para definir y afirmar las diferencias esenciales entre el hombre y la mujer en la elección del tema y la manera de ejecución; y por último, al menos implícitamente, como prueba del dominio masculino y de su superioridad en las artes visuales"

cerró filas, pero no sólo en boca masculina. Mujeres como Christine de Pisan (1363-1431) lideraron el ataque a esa segunda versión misógina del *Roman de la Rose*.

Las pioneras: el debate por la educación y la acción política.

¿Y quién fue Christine de Pisan? Por derecho propio, tal vez la primera mujer intelectual en la historia de la cultura europea, su primer "hombre de letras" -valga la paradoja-. Una mujer cuya modernidad, en el sentido más amplio del término, se manifiesta, no sólo ..."en la creación de un espacio simbólico, colectivo, único para las mujeres, sino también en la creación de un espacio individual, propio, para la escritura y la reflexión"⁷. Casada antes de los quince años y ya viuda a los veinticinco, realizó la hazaña de mantener a sus tres hijos con la pluma, implicándose activamente en la vida social y política de la corte francesa en la que se había educado. Su actitud fue reivindicativa, siempre en defensa de la mujer, como puede comprobarse al menos por los razonamientos vertidos en los textos que nos han llegado: *La Cité des Dames*, una serie de cuentos que ilustran las bondades femeninas y *Le Livre des Trois Vertus*, tratado educativo en el que examina el lugar y las obligaciones de la mujer en la sociedad.

Las mujeres -dirá- son amorosas, caritativas, discretas... no destruyen las ciudades y campos mediante las guerras, no traicionan reinos como sus congéneres masculinos... Es cierto, Eva pecó pero tuvo a su lado a Adán quien muy a gusto la acompañó en la experiencia. Y por lo que se refiere a la supuesta inferioridad femenina, un Dios infinitamente bueno no podría haber creado algo tan malo y defectuoso -argumentará no sin ironía, aprovechando el contexto religioso de su época-. En consecuencia abogará por la virtud y valores femeninos. Porque no hay que olvidar que mujer fue la Virgen María, el ser más excepcional de la historia, la elegida para ser madre del Redentor... Con esa vuelta de tuerca desarmaba a la Iglesia aunque, hubo momentos en que se vio forzada a escapar para no acabar en la cárcel por su audacia. Recientemente Régine Pernoud, una estimable medievalista, ha relatado su odisea en una bellísima edición de Olañeta (Barcelona, 2000).

Aunque más amplia, la cruzada de Pisan tiene que ver con la educación. Porque la mujer no tendrá voz ni podrá plasmar su palabra en el papel sin ella. En el Renacimiento, el humanista Erasmo -para quien la inteligencia no tiene sexo- se convierte en paladín de la educación femenina, abriéndole las puertas a las materias más elevadas como el latín y griego.

Pero aún así pesaba demasiado la desconfianza ante la mujer sabia por parte de quienes

⁷ESTEVA DE LLOBET, Lola. (1999): *Christine de Pisan (1364-1430)*. Madrid, del Orto. pág. 45.

habían asimilado bien que "la perfecta casada" debía ser virtuosa y no necesariamente culta. No obstante la universidad de Salamanca abrió sus puertas a las hijas de nobles, letrados o burgueses en el XVI, lo que permitió a un pequeño grupo de privilegiadas -las latinas como Beatriz Galindo o Luisa Sigea- una preparación más que discreta. La lectura y escritura de ensayos, novelas cortesananas, libros religiosos o poemas de cuño italianizante fue campo abierto para excepciones brillantes: Teresa de Jesús, María de Zayas y Sotomayor o la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz.

Es curioso que todas insisten en que la discriminación educativa de la mujer conlleva su eterna invalidez cultural y social. María de Zayas y Sotomayor ensarta disquisiciones muy sabrosas en *La perseguida triunfante*, una de sus entretenidas novelitas de 1647:

(...) porque si es una misma la sangre, los sentidos, las potencias y los órganos por donde se obran sus efectos son unos mismos, la misma alma que ellos, porque las almas ni son hombres ni mujeres, ¿qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotras no podemos serlo? Esto no tiene, a mi parecer, más respuesta que su impiedad o tiranía en encerrarnos o no darnos maestros; y así la verdadera causa de no ser las mujeres doctas no es defecto del caudal, sino falta de la aplicación, porque en nuestra crianza, como nos ponen el cambray en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puestos y para las cátedras como los hombres.

La vida de la santa castellana da fe de que supo hacer oír su voz siempre que fue necesario. Y lo mismo sucede con quien es considerada una de las primeras feministas, Sor Juana Inés de la Cruz, que no duda en culpar a los hombres de los límites de las mujeres en aquellos versos que dicen:

Hombres necios que acusáis
a la mujer con razón
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:
si con ansia sin igual
solicitáis su desdén
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal? ⁸.

La educación, la cultura es la llave que abre las puertas de la sociedad y permite a la mujer comunicar lo que lleva dentro -seguirá diciendo la monja mexicana-. Y en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* levantará su voz para, desde los tópicos habituales de la falsa

⁸ DE LA CRUZ, Sor Juana Inés. (1976): *Obras selectas*. Georgina Sabat de Rivers y Elías L. Rivers (pról., sel., y notas). Barcelona, Noguer. pág. 574.

modestia, revivir su odisea marcada por el amor al saber desde su temprana iniciación a la lectura. Su convento de las jerónimas será un centro de irradiación cultural para el virreinato.

Siglo y medio después y en la Inglaterra prerromántica Mary Wollstonecraft reclamará en su *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792)⁹ no sólo educación, sino protección de las leyes civiles y presencia pública para quienes tampoco desdeñan su papel de esposas y madres. Reclamaciones que tendrán su descendencia en una estela que va desde Olympe de Gouges -a quien costó la cabeza su atrevimiento de publicar una *Declaración de los derechos de la mujer* (1791)- a las feministas contemporáneas al menos de tercera hornada¹⁰; pasando por las sufragistas decimonónicas y los primeros feminismos estadounidenses y europeos -léase Friedman, Simone de Beauvoir y otras...-. Porque el derecho al voto, tan debatido desde aquella primera convención de 1848 en Séneca Fall, fue un punto de partida para la presencia de la mujer en las Cortes y Parlamentos. Como ejemplo de los resultados, acaba de ser editado *Mi pecado mortal. El voto femenino y yo* de Clara Campoamor, un libro que reúne sus discursos en las Cortes Españolas de la República¹¹. Porque, de hecho, política y educación fueron bastante a la par. En España son las mujeres del 98 las primeras en incorporarse al mundo universitario¹² y dejar oír su voz, ya que no dejan de ser excepcionales las citadas como artífices de los salones y tertulias si nos atenemos a la definición que da la R.A.E. para tertulia en su primera edición: "reunión de *hombres* discretos"...

La escritura, un campo privilegiado para la emergencia de la identidad femenina. ¿Existe una literatura femenina?

Pero volvamos a nuestro ámbito: además de la acción política y la reivindicación pedagógica ¿por qué escribe la mujer? ¿Tal vez porque ha descubierto que la literatura es un cauce fácil para verter sus inquietudes, destapándolas sin pudor a través de los versos? Sería el caso de poetisas como Delmira Agustini, Juana de Ibarboure o Alfonsina Storni, cuyos amores trágicos estallan con una pasión arrolladora en la recta final del modernismo hispanoamericano. ¿O para enmascararlas tras ficciones más o menos complejas, en un proceso que arranca de la gran novela realista del XIX y no se ha cerrado aún? Porque mujeres como

⁹ (1996): Barcelona, Cátedra Feminismos/Universidad de Valencia/Instituto de la Mujer.

¹⁰ Existe un cierto consenso en que hay tres etapas en los feminismos: 1.- 1850-1930; 2.- 1950-1960 y 3.- 1981 en adelante.

¹¹ (2001): Sevilla, Instituto de la Mujer y Junta de Andalucía.

¹² En otros países es ligeramente anterior: Estados Unidos: 1837, Inglaterra: 1848, Francia: 1880...

Jane Austen (1775-1817), Mary Shelley (1797-1851) o Mary Ann Evans, George Eliot para la historia de la literatura (1819-1880) -y atención al pseudónimo masculino común a Georges Sand y tantas otras- lo hicieron así en obras inmortales como *Sentido y sensibilidad* (1809), *Frankenstein* (1818) y *Middlemarch* (1871-72).

Mujeres cuyas vidas están en las antípodas: por un lado, la monótona existencia campesina de la hija del vicario anglicano, cuyos silencios sintomáticos y sueños bien reprimidos han sido recientemente rescatados por la biografía de Claire Tomalin *La señorita Austen*¹³. Para ella, la literatura era tabla de salvación, cauce para verter con ironía la sátira con que enjuicia una sociedad puritana que dejaba muy pocos resquicios a una mujer pobre y culta, como tantas de su estirpe.

Por el otro, el escándalo y la ruptura con los códigos sociales. No en vano Mary Shelley fue hija de la Wollstonecraft. Primero amante y luego segunda esposa del poeta romántico con el que se había fugado a Italia a los dieciséis años, dominaba griego latín e italiano y fue una excelente narradora; además de caracterizarse por su empuje capaz de publicar las obras de su esposo en cuatro volúmenes. Escribió también biografías de Petrarca, Boccaccio y Maquiavelo. Curiosamente obtuvo un inmenso éxito con su primera novela, *Frankenstein* (1818), gestada en Suiza al calor de las conversaciones de lord Byron y los amigos de su esposo durante el verano del 16. Un texto que surge como novela visionaria, fruto de una revelación tras las discusiones sobre la posibilidad del hombre de crear vida -algo tan actual en momentos en que la clonación de seres humanos está en el candelero-. La mujer ya no es la naturaleza, es la cultura capaz de engendrar con su palabra un monstruo de vida inmemorial, como lo prueba la espectacular versión fílmica de K. Branagh. Dice Mary Shelley:

Mi imaginación espontáneamente me poseía y me guiaba, dotando a las sucesivas imágenes que surgían en mi mente de una viveza muy superior a los habituales límites de la ensoñación. Vi -con los ojos cerrados, pero con la aguda visión mental-, ví al pálido estudiante de artes impías, de rodillas junto al ser que había ensamblado. Ví el horrendo fantasma de un hombre tendido; y luego, por obra de algún ingenio poderoso, manifestar signos de vida y agitarse con movimiento torpe y semivital. Debía ser espantoso, pues supremamente espantoso sería el resultado de todo esfuerzo humano por imitar el prodigioso mecanismo del Creador del mundo.¹⁴

La palabra de una mujer enmendando la plana al Creador... ¡Suprema osadía!

¹³ (1999): Barcelona, Circe, Beatriz López Buisan, (trad.).

¹⁴ SHELLEY, Mary W. (1998): Introducción de la autora para la edición de Standard Novels a *Frankenstein o el moderno Prometeo*, Francisco Torres Oliver(trad.), Madrid, Alianza. pág. 14.

En cuanto a George Eliot, rebelde, inteligente y muy brillante desde niña, se movió al margen de las normas. Viajó por Europa a mitad del XIX y fue la subdirectora de la revista *Westminster Review*, uno de los foros más progresistas del momento. Vivió de sus traducciones, entre otras *La esencia del cristianismo* de Feuerbach y la *Ética* de Spinoza. Se dedicó a la escritura de novelas y relatos, entre los que destaca por su modernidad escritural *El velo alzado* (1859), un texto breve e inquietante que parecería precursor de las ficciones borgeanas. Mujer con voz propia, en consecuencia, mujer intelectual que trabaja codo a codo con el hombre, como lo prueba el hecho de que se atreviera a terminar a su muerte *Problems of Life and Mind* (1878), la obra de George Henry Lewes, el hombre casado con el que convivió.

Palabras de mujeres, impulsoras de una literatura con precedentes ilustres -Mme de Staël, Georges Sand, Fernán Caballero, la Pardo Bazán, Gertrudis Gómez de Avellaneda...-, pero que estallará en el siglo XX. Es entonces cuando la mujer alcanza esa "habitación propia" postulada por Virginia Woolf y por la que ya luchara veinte años antes la neoyorquina Edith Warton. En efecto, en *A Backward Glance (Una mirada atrás)*, su autobiografía del 34, esta amiga de Henry James pionera de la escritura femenina entre los bostonianos veraneantes de Newport, cuenta su odisea para colocar sus primeros cuentos en los periódicos locales, algo inusitado en una mujer de su clase; y despliega un rico panel de tipos humanos que se mueven de América a Europa en un nivel sociocultural alto entre el fin de siglo y las vanguardias, pasando por la traumática experiencia de la primera guerra mundial. Autora de *The Age of Innocence* (1916)¹⁵ que, a su vez, fue llevada al cine con gran éxito por Scorsese, contrapone dos tipos de mujeres: la equívoca condesa, trasunto de mujer fatal con veleidades intelectuales y una concepción más abierta de la amistad entre los dos sexos, pero que sabe sacrificar sus sentimientos antes que herir a su amiga, y la novia/esposa tradicional, aún así capaz de retener a su hombre con las típicas armas femeninas entre las que cuenta el silencio. De este modo rompe y ensancha el estereotipo prostituta/ángel del hogar, dando entrada en la literatura a un tipo femenino con voz propia.

Efectivamente las mujeres asaltarán el papel en blanco en la década de las vanguardias para hacerse un lugar en el mundo a través de la escritura: es el caso de la venezolana Teresa de la Parra en deliciosas novelas como *Ifigenia* o *Memorias de la mamá grande*, que cuestionan el entorno. A veces su escritura se desdibuja entre los pliegues de una labor cultural más amplia, como les sucede a las mujeres del *Lyceum Club femenino*, la primera asociación feminista de cultura en España (1926-1939), dirigida por María de Maeztu y por la que

¹⁵ (1994): *La edad de la inocencia*, Barcelona, Tusquets.

transitaron Carmen Caro Baroja, Pilar Zubiaurre, Pura Maortua, Zenobia Camprubí, Amalia Galarraga, Concha Méndez, Clara Campoamor... amén de más de trescientas afiliadas que encontraron su refugio en este club para mujeres que impulsó cursillos, exposiciones, conciertos, conferencias y lecturas de poemas. Memorias como las de Carmen Baroja publicadas por Tusquets, diarios como el de Zenobia, una mujer excepcional por su cultura y personalidad que quiso y supo resguardar tras la imagen de su marido, el poeta Juan Ramón Jiménez al que dedicó su vida, al modo en que la mujer de S. Mill hizo con el suyo. Las recientes jornadas de Moguer prueban que tuvo mucho que decir y por fin se está rescatando su legado...

Porque parece que la mujer comenzó escribiendo en los márgenes, es decir en cartas, diarios y todo aquello que por su cercanía al ámbito privado no "chirriaba" tanto, para irrumpir, o pretender irrumpir, después en el centro del canon. Virginia Woolf, Yourcenar, Christa Wolf, Doris Lessing, Esther Tusquets y tantas otras, que polemizan con la tradición en franca rebeldía, pueden encasillarse en la novela *feminista* -según la conocida nomenclatura de E. Showalter, una de las principales impulsoras de la *ginocrítica*-. De feminismo blasonan Helene Cixous, Luce Irigaray, Witiig o Kristeva, muy empeñadas en teorizarlo precedidas por Betty Friedan quien en su libro *La mística femenina* (1963) impulsó un feminismo liberal a partir de la premisa "lo personal es político", luego tan aburridamente reiterada.

El debate actual giraría en torno a la pregunta: "hablar, leer y escribir ¿está marcado por el género? Pienso que una literatura que golpeó con fuerza para hacerse un sitio; que, en un segundo momento y sin solución de continuidad, fue *de mujer* en cuanto que se concentra en el autodescubrimiento¹⁶ como sucede en los textos de Laforet, Martín Gaité, Ana M^a Moix, Montse Roig o Rosa Chacel, no necesita codificarse ni apelar a rótulos como "femenino" para imponerse por la categoría estética y el mensaje que conlleva. Premios Nobel como los de la chilena Gabriela Mistral, la polaca Wislawa Szymborska, la sudafricana Nadine Gordimer; o el éxito de Amy Tan, Margaret Atwood, Marianne Frediksson, Toni Morrison, Kenizé Mourad y las hispanoamericanas Bárbara Jakobs, Ángeles Mastretta, Marcela Serrano, Isabel Allende entre muchas más permiten suponer que la mujer tiene un espacio, limitado o manipulado tal vez, pero real.

¹⁶ Cfr. CIPLIJAUSKAITÉ, Biruté. (1988): *La novela femenina contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona (1970-1985)*. Barcelona, Anthropos.

Para concluir sin cerrar el tema.

Mujer y comunicación... mujeres que tuvieron mucho que decir y aportar a la sociedad desde la Edad Media: como las mujeres afganas presentes ya (2) en el nuevo gobierno que se perfila para un país destrozado... Porque la sociedad se enriqueció con Christine de Pisan, Sor Juana Inés de la Cruz, Mary Wollstonecraft, Olympia de Gouges, Clara Campoamor y un largo etcétera que pasa hoy por la presencia activa de la mujer en los medios de comunicación. Hay que seguir luchando, sin embargo, porque todavía la mujer es mero objeto de consumo manipulado por la prensa del corazón, o aparece en demasiados titulares de prensa amarilla como la sufrida protagonista de malos tratos y episodios escabrosos... Y cuando accede a la literatura siente la tentación de caer en el consumismo fácil que le asegura una difusión masiva al estilo de las Rico Godoy, Lucía Extebarría y un largo etcétera... No es suficiente que las Naciones Unidas declararan 1975 y la década del 76 al 85 como el año y la década de la mujer respectivamente.

Tal vez el siglo XXI sea por fin y de verdad "el siglo de las mujeres" como postuló Victoria Camps para el recién terminado, en el que maternidad y presencia pública no sean incompatibles -y por ahí va la aportación de Haaland Matláy en su libro *El tiempo de las mujeres. Notas para un Nuevo Feminismo*¹⁷-, en el que el caftán y el gurka no simbolicen cárceles que encierran a la mujer en el harén o la aíslan del mundo -porque la ropa dice mucho de los propósitos de una mujer, como recuerda Fátima Mernissi en su deliciosa novela *Sueños en el umbral* (1995)-. Un siglo en el que la mujer culmine, por fin, su incorporación a la sociedad en plenitud de derechos, sin necesidad de utilizar la pluma -habría que decir el ordenador- ni levantar la voz como en tiempos pasados para defenderse de los ataques o reclamar un mínimo espacio. Un siglo en que la mujer sea valorada como el hombre, su igual y complementario, en la estela de lo que atisbó el Renacimiento y repite muy rotundamente en la actualidad Karol Woytila... Porque, como en el Renacimiento la hija del Tintoretto o Judith Leyster hablaron a través de la fuerza de sus lienzos aunque la historia las haya opacado, la mujer tiene mucho que decir y lo está diciendo ya en libros de tiradas millonarias. ¿O acaso no es una mujer -Rowling- la autora de *Harry y la piedra filosofal* y otros tantos títulos que comienzan a ser llevados con éxito a la pantalla? Una mujer capaz de crear un entorno cotidiano y mágico a la vez, en una escritura con valores formales, sí, pero sobre todo que postula un mundo épico pleno de utopías tan añoradas por nuestro mundo actual...

¹⁷ (2000): Madrid, Rialp.